

GIANNI VATTIMO

Filósofo



La conciencia y el dogma

LA síntesis, y también las razones profundas de la encíclica *Veritatis Splendor* (aunque, por ahora, se trata de un texto no oficial, difundido por una agencia y no autorizado por el Vaticano) se puede ver, quizás, en la «esencial relación Verdad-Bien-Verdad», de la que habla el penúltimo párrafo del largo texto. La Encíclica tiene la finalidad de presentar —más bien para los obispos y los teólogos que directamente para el pueblo cristiano— la doctrina moral de la Iglesia. Se divide en tres grandes partes. La primera esta dedicada a la enseñanza moral de las Sagradas Escrituras. La segunda, al núcleo, según esas bases de las Escrituras, de los «fundamentos de la enseñanza moral». La tercera está centrada en el sentido de la enseñanza de la moral en la vida de la Iglesia, con específicas referencias a la tarea de los teólogos morales y del magisterio episcopal.

POCAS NOVEDADES.—Como quizás se puede entrever en este esquema, no hay novedades desconcertantes, aunque, dada la complejidad del texto, una interpretación mínimamente profunda deberá apoyarse en un análisis más amplio y atento que el proporcionado por una primera lectura. Habrá algunos que puedan interpretar como desconcertante, o por lo menos como significativa, precisamente la ausencia de novedades, el propósito de reafirmar, de manera sistemática y particularmente compacta, los puntos tradicionales de la moral católica. Por ejemplo: para alcanzar la vida eterna (la pregunta que el joven rico dirige a Jesús en una famosa página del Evangelio), el hombre debe observar los mandamientos e intentar ser perfecto, al igual que es perfecto el mismo Dios según el ejemplo de Cristo.

Los mandamientos son revelados por Dios en los libros del Viejo y del Nuevo Testamento, pero, antes aún, están escritos en la misma naturaleza de la Creación, la cual, considerada atentamente, revela cuál es el plan de Dios para sus criaturas. La moralidad consiste, por tanto, en respetar la Ley Natural que cada cosa lleva escrita en su propia esencia. Naturalmente, como consecuencia del pecado original, no es tan fácil para el hombre reconocer la Ley Natural en sí y en la Creación, ni, sobre todo, observarla. Por ello ha sido necesaria la redención, la encarnación del Hijo de Dios, que fundó la Iglesia, la cual, con su autorizada enseñanza —que interpreta la revelación de las Escrituras y el legado de la tradición— ilumina a los hombres acerca de la verdad de la ley y —con los sacramentos, el ejemplo de los santos, la vida comunitaria de los fieles, el cuidado pastoral de las almas— también les ayuda a

respetarla.

El nexo Verdad-Bien-Verdad es fundamentalmente el que liga el bien moral a la estructura esencial dada por Dios a sus criaturas; no existe moralidad sin el respeto de las leyes objetivas derivadas de la misma naturaleza de las cosas. Precisamente este nexo, dice la encíclica, se ha perdido en buena medida en la cultura contemporánea, que habla mucho de valores éticos pero acaba por confiarlos al juicio subjetivo de la conciencia de los individuos («he actuado según mi conciencia, y eso me basta») o, como máximo, al consenso intersubjetivo de una específica comunidad histórica.

Si se lee a la luz de este hilo conductor esencial, la encíclica aparece como una empresa ligada a la tarea general de refundación de la Iglesia que Juan Pablo II ha asumido desde el inicio de su pontificado, y que tiene otra manifestación en la reciente promulgación del nuevo Catecismo, respecto al cual, nos parece, la encíclica se presta todavía menos a ser leída como una expresión «misionera», dirigida a hablar a quien está fuera de la Iglesia o a quien está cerca de ella pero no acepta sus rígidas delimitaciones dogmáticas y disciplinarias. Se trata, más bien, de un documento dirigido a reforzar y a hacer compacto el interior de la Iglesia. Así pues, quien lea la encíclica buscando una confirmación y un desarrollo de las razones por las que hoy el mensaje cristiano es en su conjunto más escuchado u observado con menores prejuicios y hostilidad en gran parte del mundo (donde, por citar un solo hecho, ha declinado la potencia atea del comunismo marxista) sentirá, probablemente, cierta desilusión. No existe ninguna posibilidad, dice la encíclica, de acoger auténticamente el mensaje cristiano del amor de Dios y del prójimo sin aceptar el marco dogmático en el que la Iglesia lo presenta, sin creer, por ejemplo, que la Creación es como el producto de un artesano, o artista humano, que por su manera de estar hecha revela las intenciones de su productor. Puesto que, en definitiva, es en esta base exquisitamente antropomórfica en la que se apoya todo el discurso sobre las esencias; las naturalezas propias de las cosas deberían ser respetadas porque su constitución manifiesta la voluntad del Creador.

LA HISTORIA, SECUNDARIA.—Respecto a ésta, la historia tiene un sentido totalmente secundario, tal y como el texto se preocupa de afirmar desde sus primeras líneas. Las varias culturas humanas, cuando son moralmente válidas, no son otra cosa que variaciones totalmente accidentales, ya que no existe evolución, inventiva, diferenciación profun-

da en la moral, ligada como está a la rigidez de esencias naturales inmutables.

La preocupación por la objetividad de la moral, naturalmente, tiene sus buenas justificaciones; aunque desde un punto de vista filosófico parece excesivo ligar la solución de los problemas morales indudablemente graves ante los que nos encontramos, con el hallazgo de un fundamento teórico inatacable. La encíclica, conforme al espíritu «refundador» del papa Wojtyła, parece recabar del problema de la objetividad (y, consecuentemente, también de la universalidad) de las normas morales una conclusión de tipo disciplinario: como, efectivamente, no es la conciencia de los individuos ni el referido consenso de la comunidad el que proporciona el criterio del bien y del mal, esta instancia no puede ser más que la enseñanza de la Iglesia y, específicamente, el magisterio de la jerarquía eclesial.

«ESCONDER EL JUICIO».—Esto vale también, y sobre todo, para la búsqueda teológica que no esté en sintonía con el magisterio: el teólogo que profesa posiciones divergentes con respecto a las de la jerarquía tiene el deber de «esconder su juicio», permaneciendo «abierto respecto a la verdad que algún día se mostrará» (parte tercera, párrafo 67). Sí, pero ¿cómo se mostrará un día la verdad si la búsqueda debe «esconderse»? Este pasaje parece una muestra elocuente del espíritu de la encíclica, en la cual hay muchas páginas de alta y conmovedora edificación (pensamos, por ejemplo, en los muchos pasajes en que la vida moral es presentada como una relación personal con Jesucristo). Pero en el conjunto, la (legítima) ansia pastoral por proporcionar una enseñanza clara y autorizada que inspira esta construcción tan rígida y sistemática, es tan poco sensible a la historicidad de las culturas humanas (que, por lo demás, es un elemento característico del pensamiento hebreo-cristiano) que no parece la más adecuada para desarrollar esa especie de idilio que, también en consideración de los efectos políticos de su pontificado, desde hace tiempo se ha establecido entre el mundo contemporáneo y el papa Wojtyła. Como otras veces se ha podido observar, parece que el Papa y la Iglesia oficial quieren defenderse de esa «simpatía» levantando barreras doctrinales y, en definitiva, autoritarias.

Pero los teólogos «divergentes» y los fieles que, también ellos, constituyen la Iglesia, ¿aceptarán esconderse una vez más?

Traducción de José Checa Beltrán

CONTRA LA CONFUSION

La izquierda como problema

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

GUARDAR silencio sobre los errores de quienes simbolizaron nobles ideales, por respeto a sus pasados sufrimientos, puede ser el comienzo de la complicidad y el final de la posibilidad de que otros nobles ideales lleguen a realizarse. Hablo de la ausencia de crítica cultural y política de que ha gozado el PC, desde el inicio de la transición, y ahora IU. Sólo han recibido miserables improperios que no se pueden proferir sin desvergonzarse. ¿Por qué no se ha criticado su vacío ideológico? ¿Por desprecio a su poca entidad y nula influencia sobre la dirección del Estado? No lo creo. Otras formaciones menores han merecido más atención crítica en los medios de comunicación y en el Parlamento. ¿Porque la clase dirigente está encantada con «su» izquierda? Eso sí lo creo. Sería cruel tener que demostrar el brusco abandono del camino a la democracia, por el fácil atajo a la oligarquía, que el PC realizó para seguir los pasos del PSOE. Pero la historia no retrotrae su curso y deja en la impotencia a la nostalgia de lo que pudo ser y no fue. Desde el presente, con los elementos nuevos que contiene, hay que denunciar la ideología reaccionaria que sigue fomentando, contra la posibilidad de la democracia, los miedos y tópicos de la guerra fría, cuando ya no existen los temores que, hace más de tres lustros, instauraron la oligarquía de partidos con un pacto entre media docena de políticos salidos del franquismo y la clandestinidad.

Antes de afrontar la cuestión decisiva que abordaré en otro artículo —la de si la izquierda puede construir una alternativa democrática a la oligarquía de que forma parte—, hay que precisar los términos. Vulgarmente, la derecha y la izquierda denotan una inclinación de simpatías, hacia ricos o pobres, sin virtualidad política. La mayoría de los españoles son así, con el Sr. Guerra, de izquierdas. Gubernamentalmente, un gobierno sólo puede ser de derechas o de izquierdas en relación con otro gobierno, pero no respecto de sí mismo. Siempre gobierna el centro de la coalición social que domina en el Estado. En este sentido, la mayoría de los españoles, y los partidos investidores del actual gobierno, son de centro. Históricamente, la izquierda se ha distinguido por el rechazo del Estado o de la propiedad privada de los medios de producción. Así, no hay en España un solo partido de izquierdas. Políticamente, la izquierda se identifica con la clase obrera, para llevarla o acercarla al poder estatal y empresarial. Los partidos interclasistas no pueden ser, en este sentido, de izquierdas. Los que se lo creen, por sus siglas o por sus apoyos a los sindicatos obreros, sólo tienen que ver si la clase obrera está más cerca o más lejos de ese poder que en 1976. La izquierda nominal empuja a la clase obrera hacia atrás.

Socialmente, la izquierda pretende obtener una mayor parte de las rentas del trabajo en la renta nacional y más extensión de los servicios gratuitos del Estado. Los sindicatos, como IU, pertenecen a esta izquierda social. Pero, sin izquierda política, ambos objetivos retroceden. Culturalmente, la izquierda tendría que expresar la realidad social conforme a la ciencia y a las condiciones materiales de la existencia, para primar la razón sobre el sentimiento en la ordenación de las relaciones humanas. Pero basta escuchar, ver o leer lo que se dice, se enseña o se escribe en España, para constatar que la demagogia vehicular por la izquierda una cultura reaccionaria. En fin, la izquierda no tiene una concepción ideológica del mundo, ni una idea general que encubra, con pudor, el interés particular de sus hombres y organizaciones. Situada fuera del marxismo y de la democracia, huérfana de padre y madre, sin sujeto ni objeto de la historia, la izquierda vive acocida, sin personalidad, en el orfelinato del Estado de partidos. Al que se agarra con ansiedad para regentarlo sin decoro (corrupción), por cuenta del capitalismo financiero, como hace el PSOE. O para decorarlo con honestidad, en nombre de una democracia social que ignora la democracia formal o política, como hace IU. La izquierda no puede ser solución de nada porque toda ella, y todo en ella, es un problema.